



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

J. PEREZ ZUÑIGA
Sucesidos...

JOAQUIN DICENTA
Morir á gusto.

LUIS DE OSSA
El podómetro.

JACINTO CARMIN
Robo artístico.

JULIO MATA
La discreción.

CLEMENTE DE CASTRO
Confianza en la amistad.

MANUEL BOMBARDA
La carne artificial.

TOVAR, CYRANO
Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Dorita Ceprano.



DORITA CEPRANO

Bailarina italiana de flamenco y extranjero.

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

No nos podemos quejar. Estamos gozando un anticipo de primavera verdaderamente encantador.

A mí cuando amanece un día espléndido de sol y de luz, me ocurre lo mismo que cuando veo una mujer hermosa: se me alega el humor. Estoy alegre, sonrío, canto y hasta me siento completamente joven.

Odio el invierno. El frío me entumece y me acoquina. El hielo es una cosa deliciosa para los sorbetes, para los patinadores y para conservar los besugos; pero como yo no he nacido para barquillo relleno, ni me he llamado Dios por el camino del *sport*, es por lo que no me hace maldita la falta que la temperatura esté baja. A mí, cuanto más alta mejor.

En el invierno, todo se vuelve ropa. Las mujeres parecen alcachofas; para llegar al cogollo tiene uno que andar quitando hojas y más hojas. Tapadas hasta los ojos, arrebujadas en paños y pieles no se distingue la bonita de la horrorosa, la bien formada de la que no lo es, y solo por deducción supone el hombre hacia donde caen las redondeces y las curvas.

La Naturaleza suspende sus funciones fecundantes enervando la vida y nada crece, sino que, por el contrario, se encoge de un modo lamentable.

En cambio, con el calor, todo vive, se desarrolla y expansiona con una facilidad y una placidez admirables.

La temperatura cálida obliga á usar indumentarias adecuadas, y se avivan los sentidos, singularmente el de la vista y el del tacto y aun el del gusto, porque ¡da un

gusto contemplar los cuerpecitos, casi en libertad y sin trampa ni cartón!

Los descotes, las gasas, los transparentes... ¿hay nada más grato? Y luego que no hay que andar perdiendo el tiempo inútilmente, que en ciertas ocasiones y en determinados actos, un minuto es á veces un siglo.

Por algo, el que todo lo hizo, creó el Paraíso terrenal en pleno estío. Si le da la



El.—Esta charada me está dando unos días terribles. Llevo ya diez y ocho sin lograr sacarla.

Ella.—¡Vamos, hombre! Dese usted mañana una vueltecita por casa...

EN EL CUARTO DE LA TIPLE



—Esta noche cuando termines la última, necesito que me des otra prueba.

—Lo que quieras, pero estoy viendo que se me va á ir en prueba.

idea de inaugurarlo en invierno, já cualquier hora, el bueno de Adán, por muy adán que fuese, le da el mordisco á la manzana de Eva! Pero, naturalmente, hacía calor, mucho calor, Eva estaba sofocada, él echaba lumbre, la manzana era coloradita Y fresca, y ¡claro! le metió bocado hasta las pepitas y surgió el pecado original. ¡Miren ustedes que llamar á eso pecado, es de lo más original que puede darsel

Con el verano todo vive; desde el cándido mosquito hasta las horchateras succulentas. No hay más que fijarse en las plantas domésticas. (¿Quién no tiene un tiesto en casa?). ¡Qué efectos más prodigiosos los

de la savia! La sabia Naturaleza ya *sabía* lo que se hacía cuando las creó! Lo dicho; que continúe esta racha de buen tiempo, que no vuelvan los fríos intensos, que luzca el sol vivificador y que haya crecimiento, desarrollo y multiplicación de la especie, porque el frío es una especie de la enervamos.

Al menos esta es mi opinión sinceramente expuesta. No quiero tiritar ni un solo instante; prefiero estar caliente á toda hora.

Un pequeño reporter.

SUCEDIDOS...

—¿Sabes lo que le ha ocurrido A Paz, la viuda de Ozores? Que Ozores ha fallecido Dejando diez acreedores.

Lo han sabido, y á la vez se han echado sin piedad sobre la viuda los diez. ¡Ya ves qué barbaridad!

J. Pérez Zúñiga



—¡Pobrecitas! ¡Lo que os estais molestando inútilmente!

MORIR A GUSTO

ERA sor Jacinta de la Concepción una monja de veintidós años, muy guapa, muy fervorosa de Dios que con sus ojos negros fijos siempre en tierra y sus labios rojos entreabiertos á todas horas por la oración, edificaba con su ejem-

Y de sus ruegos ante la imagen santa constituía el principal, el que la ocupaba horas y horas, con gran desesperación del sacristán, que quería cerrar la iglesia y marcharse á jugar una brisca cuanto antes, el preguntar al crucificado de qué mal moriría; cosa era ésta que preocupaba mucho á la hechicera madre.

—¿De qué mal moriré yo, Señor?—preguntaba á Cristo sor Jacinta; y en forma de interrogatorio iba citando enfermedades de todas las cuales protestaba, no por miedo á morir, porque unas eran repugnantes, otras dolorosas, contagiosas, crueles, etc., etcétera.

Mientras ella se daba á Dios con sus preguntas, el sacristán se daba á todos los diablos con sus impaciencias. Ocasión hubo en que le faltó poco para echarlo todo á rodar y decirle á la monja cuatro barbaridades.

—¡Vaya un empeño!—murmuraba el hombre siempre que veía rezando á sor Jacinta.—Vaya un empeño el de averiguar



—Me siento tan juvenil, que hasta estoy entrando en ganas de jugar con usted al escondite.

—¡General! ¿Y qué iba usted á esconder?

plo á sus compañeras y constituía uno de los más ilustres y firmes puntales de la comunidad.

La imagen predilecta de sus orientaciones era un Cristo de talla, que pendiente de una cruz de roble agonizaba en el fondo de una capilla gótica situada en el ángulo más solitario y oscuro del templo. Una lamparilla de aceite era la única luz que esclarecía el sagrado recinto, y ante ella se arrodillaba sor Jacinta de la Concepción para pedir al mártir divino protección, consuelo y mercedes.



El vendedor.—¡Anda leñe! ¡pues es morena!

de qué va á morirse. De lo que sea. Como si la muerte no fuese muerte de todos modos. Más le valiera á la madre irse á su celda y dejarme en paz v dejar en paz al santísimo Jesús, que debe estar hasta los pelos de oír estupideces.

Cierto día que el sacristán andaba por



—¡Nada, mujer, que cuando te pones así no tiene uno más remedio que bajar la cabeza!

detrás del Cristo terminando de limpiar la capilla, llegó sor Jacinta á ella y cayó, como de costumbre, arrodillada á los pies de la cruz.

—Tempranito lo ha cogido hoy—gruñó el sacristán.—A ésta le quito yo la gana de hacer más preguntas—agregó luego.

Y ocultándose detrás del Cristo se puso á oír las interrogaciones de la madre.

—¿De qué mal moriré yo, Señor?—comenzó á preguntar la monja.—¿Moriré de viruela? ¡No, Dios mío, de viruelas no! Las viruelas afean mucho. ¡Morir con todo el cuerpo lleno de pus!... ¡Qué asco!... No, Dios mío, de viruelas no. Otra muerte cualquiera, bien. Pero esa... ¡Nunca, Señor, nunca!... Y si de viruelas no, ¿de qué mal moriré? ¿Tísica?... Por caridad, Dios mío, todo menos tísica. Esa enfermedad contagiosa alejaría de mí á mis compañeras. ¡Morir sola! ¡Qué horror!... No, tísica no. Dame otra muerte, la que quieras menos la tísica. ¿Moriré del cólera?... ¡El cólera!... ¡Qué mal tan repugnante! No, el cólera, no. Es

una muerte apestosa. Yo no quiero apear á nadie. Mátame de otro mal que no sea el cólera, del que te plazca, con tal que no sea el tifus, ni la escarlatina, ni la fiebre amarilla.

Y mientras la monja hacía pregunta tras pregunta, el sacristán se mordía los puños con rabia viendo que había sonado la hora de su brisca y que la monja no encontraba muerte á su gusto.

—¿De qué mal moriré?—volvió á decir la descontentadiza monja.

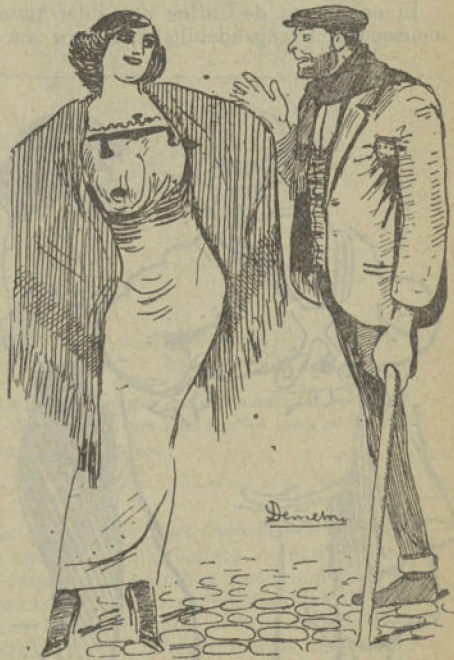
Y el sacristán, acercándose al Cristo y ahuecando mucho la voz, gritó, cuando sor Jacinta preguntaba de nuevo: ¿De qué mal moriré?

—¡Morirás de parto!

Alzó la monja sus negros ojos hacia la imagen, hizo una pausa, inclinó devotamente la cabeza y dijo con resignado acento, como sometiéndose á los altos designios de Dios:

—Señor, hágase tu santísima voluntad.

Joaquín Dicenta.



—No, Mariano; si te falta una pierna.

—¡Ahí tienes tú lo que es la inorancia! Desde que me la cortaron, se me ha desarrollado más la otra.

EL PODÓMETRO

UN cuenta-pasos, uno de esos aparatos que van marcando los movimientos que hace la persona que lo lleva, y, por tanto, calcula la distancia que ha recorrido, tuvo que comprar D. Rodolfo á su mujercita.

Porque su mujercita estaba enferma, era muy poco aficionada á andar y el médico imponía, como condición precisa para su curación, que anduviese cuatro kilómetros diarios.

Todas las noches, en cuanto D. Rodolfo entraba en su casa, miraba el cuenta-pasos de su mujer, y muchas veces tenía que sermonearla cariñosamente porque faltaba bastante para los cuatro kilómetros.

Una tarde, Pilar (creo que aún no he dicho cómo se llamaba la esposa de D. Rodolfo), encontró, al comenzar su paseo, á Carlos, á su Carlos, el hombre á quien amaba con toda su alma y al que hubo de hacer como que olvidaba para casarse con su actual marido, al que soportaba, pero al que no quería.

El encuentro de Carlos con Pilar tuvo consecuencias agradabilísimas para am-

bos; á los pocos minutos de empezar á hablar tomaron un coche que los condujo... (Suprimo adonde los condujo y lo que hicieron. Reconstituya la escena cada lector á su placer).

Es el caso que Pilar no anduvo aquella



—¡Qué ojo el de ese pollo! En seguida que me ha mirado esta media, me ha dicho al oído que llevo una raja. ¡Y yo que creí que no se me vería!

tarde los cuatro kilómetros y, cuando llegó á su casa D. Rodolfo, así se lo dijo, pretextando, que habiendo encontrado á una antigua amiga, que la obligó á pasar la tarde en su casa.

Haciendo gestos de bondadoso enfado, el pobre marido tomó en sus manos el cuenta-pasos, como de costumbre.

La sorpresa se pintó en su rostro al mirar la esfera del aparatito.

—¿Que no has paseado, dices?

—No.

—Pero si aquí marca ¡¡¡dieciocho mil movimientos!!!



—Mira, si yo fuese tu médico te aconsejaría que tomases reconstituyentes.

—¡Si ya hace mucho tiempo que estoy tomando!

ROBO ARTISTICO

A Julio Romero de Torres.

APRENDE, querido Julio, á ser escamón. Un muchacho del *Continental*, uno de esos carteritos que recorren Madrid repartiendo millares de buenas noticias, detuvo hace días al pintor paisajista Antonio X, amigo de todos nosotros, para entregarle una carta de cierta elegante señora. Mientras Antonio rompía el sobre y buscaba en los bolsillos de su chaleco una monedita de dos reales que debía tener allí, dirigió al emisario varias preguntas.

—¿Y dices que es joven?

—Y muy requeteguapa.

—Muy requete... ¡Diablo!...

X leyó detenidamente la carta, que venía sin firma: era una extraña carta de amor que solicitaba de nuestro amigo una entrevista. La carta, con renglón de más ó párrafo de menos, decía así:

«Estoy enamorada de usted, enamorada de su figura y de su talento; aunque, si he de ser franca, más que su persona, que apenas conozco, me cautivaron y me rindieron las vigorosas prodigalidades de su fantasía.

»Soy rica y tengo un hotel en los alrededores de... Si quiere usted, á fuer de hombre galante y de artista, satisfacer los punzantes deseos que de demostrarle su admiración tiene una mujer joven y bonita, vaya usted el jueves próximo, entre cinco y seis de la mañana, al paraje denominado...; desde allí se abarca perfectamente la vista de mi hotel y el gallardo panorama formado por los magníficos jardines que lo rodean. Yo ruego á usted no olvide sus lienzos ni sus colores y que, si el paisaje le agrada, saque una vista de ese rincón, verdadero *nido* de verdura que ahora llamo *mío*, pero tal vez (y sin que para ello haya de mediar ninguna odiosa ni prosaica fórmula de contrato matrimonial) podamos llamar *nuestro* muy pronto...

»Espéreme usted pintando y espere tranquilo, que yo iré á buscarle. Si recibiese usted la visita de alguno de mis criados, procure hablar con él lo menos posible; podría usted comprometerme.»

Ya supondrá el fogoso y enamorado lector, que X no faltó á la cita; llegó á las cinco en punto de la madrugada y quedó maravillado ante la deslumbrante magnificencia del paisaje: el hotel edificado en la falda de un altozano próximo, blanqueando á los rayos alegres del sol naciente bajo

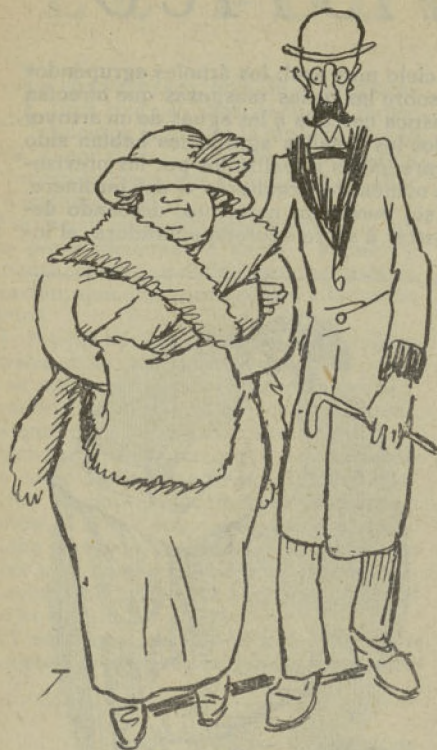
un cielo muy azul; los árboles agrupándose sobre las peñas musgosas que ofrecían artística cascada á las aguas de un arroyo; todos los detalles agradables habían sido sorprendidos y realizados por las previsoras manos del arquitecto ó del jardinero. X, sin perder un momento, deseando demostrar á su ya adorada adoradora, el in-



—La barbaridad que pensarán ustedes al verme será muy gorda, pero es mucho más la del dibujante... al pintarme.

terés que sus recomendaciones le inspiraban apercibió su caballete, colocó el lienzo, requirió la paleta y puso manos á la obra con actividad y decisión de las que nunca le hubiésemos creído capaz. Del lienzo, que no tendría menos de ciento veinte centímetros de longitud, comenzó á surgir el paisaje...

X trabajaba febrilmente, animado por su amor al arte y á su bella desconocida, y por el frescachón ambiente matutino. Cuan-



El marido.—¡Y pensar que hace veinte años eras tú la que se agarraba al míol

do el sol comenzó á pesar sobre las abrasadas espaldas del pintor, Antonio abrió un gran paraguas blanco de que venía provisto, buscó la sombra de unos árboles vecinos y continuó su labor. A mediodía llegó un criado, que ofreció al galán un almuerzo suculento, diciendo:

—De parte de mi ama.

Y se fué dejando á Antonio boquiabierto de sorpresa y con todas sus energías atónitas y suspensas. Satisfechos los impertinentes reclamos de su voraz apetito, X siguió pintando y á las cinco de la tarde el cuadro quedaba perfectamente concluído y firmado.

Poco antes de anoecer, X recibió la visita de una elegante y guapísima joven vestida sencillamente como de casa. Los primeros momentos de la entrevista fueron deliciosos. Ella dijo que era viuda, que aquel hotelito era propiedad suya, y que desde el verano anterior vivía allí con un

viejo más celoso que un turco, raro, gruñón y perfectamente inaguantable. Después se fijó en la obra de X. ¡Qué hermoso cuadro! ¡Qué riqueza en el colorido! ¡Qué prodigalidad de detalles! ¡Qué inexplicable y dulce melancolía derramaban sobre el paisaje las dos nubecillas blancas que el pintor suspendió en medio del cielo!...

—Si á usted la parece—dijo la joven,—podemos cenar en cierto mesón que yo conozco y está situado muy cerca da aquí. La noche puede pasarla usted también allí, porque temo que *mi amo* venga de improviso, como hace siempre que el demonio de los celos le muerde.

—¿Y usted?—preguntó Antonio.

—¿Yo?—repuso ella ruborizándose;—le acompañaré á usted.

Y pasó la noche, y á la mañana siguiente, cuando nuestro joven amigo despertó, se encontró solo; la joven había desaparecido; el cuadro también... Sobre la mesilla de noche había un papel escrito con lápiz, que decía:

«Supongo que ya habrá usted compren-



El.—Como vuelva á ver á ese hombre aquí, con esta navaja le dejo inútil para acercarse á otra mujer.

Ella.—¡Pobrecito! ¡Le vas á dejar mudo!

dío er timo, Yo no soy viuda, ni tengo hoteles, ni ná; tóo ha sido una invención del *Lechuga*, que es mi novio, y de la *Fresca*, que soy yo, pa lo que usted guste mandá. Conque... lo siento y hasta otra.»

El timo es tanto más importante, cuanto que muchos paisajes de Antonio han llegado á venderse á dos y tres mil pesetas,

Jacinto Carmín

LA DISCRECION

EN las reuniones que casi todas las tardes sostenemos en una casita de la calle de Vergara, varias chicas y chicos de buen humor, se aprenden muchas y buenas cosas.

La otra tarde Arturo N., un chico de Tótana, presentado allí por Santiaguito Arimón, nos contó lo siguiente que, según decía, le había ocurrido en los Estados Unidos:

Viajaba él en un rápido é iba solo en el departamento con una señorita blanca y rubia, de senos abultados, mirar dulce y facciones correctas.

Había pasado largo rato, sin que entre ambos se cruzara palabra alguna después del saludo que Arturo dirigió á ella al entrar en el vagón y que fué contestado con una inclinación de cabeza.

Pero la viajera empezó á removerse inquieta en su asiento; después se desperezó ligeramente, haciendo que se marcaran aún más sus pechos; luego se reclinó sobre los almohadones del asiento voluptuosamente, sin cuidarse de que la falda ascendía por la pierna.

Aunque sólo fuese por galantería, Arturo no podía permanecer mudo y rompió el silencio con algunas frases amorosas, pero correctas.

Inmediatamente la viajera se puso de pie y, dirigiéndose al timbre de alarma, llamó repetidas veces.

Paró el tren en seco; vinieron empleados-policías, viajeros y, aunque Arturo protestó, no le valió de nada; la rubia le acusaba de haber intentado abusar de que viajaban solos.

Es tan creíble para los norteamericanos que un español no se pueda contener ante una rubia bien formada, que Arturo fué de-

tenido y conducido al departamento en que viajaba la policía.

Seguió el tren su marcha, y cuál no sería la sorpresa de nuestro amigo, cuando al parar de nuevo el convoy en una de las estaciones próximas vió á la joven rubia que, dirigiéndose á sus guardianes, les dijo:

—Dejen ustedes en libertad á ese caballero: no es culpable de nada, ni nada in-



—Va lo sabes. No quiero salir á la calle sin cinco duros en el portamonedas.

—Pues cuando yo te conocí no llevabas más que dos pesetas.

tenió en el departamento en que conmigo viajaba.

—¿?...?

—Me encontraba yo en un verdadero apuro, en una necesidad que no podía satisfacer delante de él. Mi rubor me lo impedía. Necesitaba quedarme sola. Ahora... ya está satisfecha la necesidad. Puede ese caballero, si quiere, seguir viajando en mi compañía.

Julio Mata

CONFIANZA EN LA AMISTAD

CONSTE que hablo por boca de ganso. La aventura me la ha referido Perico Bermúdez, que se precia de ser el conquistador más irresistible de nuestros días: mujer en la que él pone sus ojos, mujer derretida como un sorbete de mantecado á la media hora de servido... Además, la «especialidad» de Perico Bermúdez son las casadas; y, aunque mucho aumenta él con la vanidad natural de estos *enfants terribles*, mucho hay de verdad también en todo lo que cuenta. Por eso doy fe á su última aventura, aunque salvando la responsabilidad de la exactitud en todos los detalles. A mí me consta que á su casa ha ido más de una mujer casada, alguna que otra viuda é infinidad de solteras; por eso la cosa tiene visos de real, y no me extraña que la mujer del pobre Caraveco sea en esta ocasión la protagonista de la aventura. Porque también



—¡Qué tonta es mamá! Porque se me para el relojito, dice que no sabe para qué lo tengo. Pues yo sí que lo sé.



El.—Ya sabes no me gusta que vayas á esa velocidad en el auto.

Ella.—¡Pero si siempre voy muy despacito! ¡Si este chauffeur es un chico muy prudente!

El.—Pues, hija, levanta un Biblioteca Regional de Madrid

la mujer del Caraveco *se las trae*... dicho sea valiéndome de este tópico tan vulgarísimo pero tan expresivo.

Lo ocurrido ha sido lo siguiente, sobre poco más ó menos:

La mujer de Caraveco se presentó en casa de Perico á hora inusitada. Venía descompuesta, nerviosa.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Perico.

—Toma y tiembra.—Al mismo tiempo le alargaba una carta.

—Este ha sido el desayuno que me ha dado mi marido.

Perico leyó: «Una amiga de usted, que no puede pasar en silencio todo lo que sea un atentado á la moral y á las buenas costumbres, se cree en el deber de advertir á usted las ligerezas de su esposa. Esta va por los días, de tres á cuatro de la tarde,

á casa de alguien donde no puede ganar la honra de su marido.»

—Y qué has hecho tú entonces?— preguntó Perico alarmado.

—¡La mar de equilibrios para dejarle convencido de que se trata solamente de una vil calumnia!

—Y, ¿lo has conseguido?
—A medias. Le dije que á donde yo iba todas las tardes era á casa de Purita Gómez; me he puesto furiosa al principio, después he llorado, he tenido un ataque,

se alarmó al verme en aquel estado y yo aproveché la ocasión para abrazarle ardentemente; pero aún no estoy tranquila.

En aquel momento... ¡el obligado campanillazo! Y el no menos obligado Caraveco. Ella se esconde y él va abrir.

—¿Tú por mi casa?

—Sí, chico; como hombre de mundo que eres, vengo á consultarte una cosa. ¿A ti qué te parece mi mujer?

—¡Guapísima!

—Gracias; pero no es eso, sino qué concepto te merece.

—Exquisito. Has hallado el mirlo blanco del matrimonio.

—Pues bien, chico; no sé quién habrá sido la vibora que ha tratado de emponzoñar nuestra felicidad.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes: he recibido un anónimo donde se me decía que mi mujer pasaba las tardes fuera de casa mientras yo estoy en la oficina.

—Eso no tiene nada de particular. Yo mismo la he saludado muchos días de tres á cuatro en casa de Purita Gómez.

—¡Me devuelves la tranquilidad! Veo que no me engaña.

—Y para que no dudes, voy á decirte dónde está ahora.

—¿Dónde?

—Aquí mismo: en mi casa.

Y levantándose Perico se dirigió á la puerta del gabinete, diciendo:

—Salga usted, señora; salga usted, sin miedo.

Caraveco vió presentarse á su mujer algo turbada.



Una.—¿Son esos los pendientes que te ha regalado tu viejo?

La otra.—¡Regalar, regalar! Los que me he ganado yo á fuerza de sudores.

—Ha venido guiada por el mismo pensamiento que tú: para que le diese la clave del anónimo.

—¡Oh! Ven á mis brazos, mujercita mía!

Y los dos esposos se abrazaron estrechamente.

—Ahora sólo falta—añadió Perico—que recibas otro anónimo diciéndote que la han visto entrar en mi casa.

—¡Me reiré de él! ¡En todas partes estás tan segura como aquí...

¿Habrá exagerado Perico Bermúdez?
¡Chi lo sé!

PAPAS A LA MODERNA

Los papás de Juanita están esperando al joven Diéguez, amigo de la casa, para ponerse á cenar.

Juanita, en el tocador, se entretiene en esos últimos detalles que no terminan hasta que llega la visita esperada.

La mamá aprovecha la ocasión para plantear la cuestión á su marido.

—Mira, Antúnez; el señor Diéguez ven-

nosotros no damos ocasión para que la co- nozca. Cuando ellos hablan, no les quita- mos la vista de encima. Nuestra vigilancia es demasiado excesiva.

—¿Tú crees que...?

—Yo estoy segura de que á ese mucha- cho le falta una ocasión, un motivo para decir á Juanita sus palabras definitivas.

—¿Quién sabe!

—Hay que variar de táctica. Ya sabes lo que se hace en París, según nos ha conta- do el simpático Ernesto Nieto, que ha esta- do allí cinco ó seis veces. Las muchachas van y vienen libremente con los jóvenes; se conocen á fondo; eligen ellas mismas sus maridos.

—Es cierto.

—Y nosotros mismos, acuérdate, nos-



—¡Lo que son las cosas de este mundo; yo aquí solita y mi marido á caza de conejos!

drá á cenar esta noche y es ya la quinta vez.

—Ya lo sé.

—¿Y esto no te parece extraño?

—No; que sea esta la quinta vez que viene á cenar no quiere decir si no que le hemos invitado cinco veces.

—Te pregunto si no te parece extraño que aún no se haya declarado, que aún no nos haya pedido la mano de Juanita. Es- toy segura de que Juanita no le es indife- rente. ¿Es, acaso, poco atrevido ó es que no le hemos dado ocasión?

—Quizés sea algo tímido...

—Tiene aspecto de todo lo contrario. Quizás él aún no la conoce bien. Quizás



Ella.—¡Ay doctor! Le he llamado á usted con tanta urgencia porque no se que me pasa; siento unos impulsos, y unos arrebatos... ¿qué será?

El doctor.—Pues que está usted nerviosa per- dida.



Pues señor, no quería volver á ver á Arturo, pero el viento me lleva hacia su casa. ¡Y se fastidia, porque en cuanto pueda me vuelvo!

otros mismos no estaríamos casados si nuestros padres no hubieron cometido la imprudencia (quién sabe si fué talento) de dejarnos días enteros jugar solos en la bodega.

—Es verdad.

—Nada, no hay remedio; hay que dar libertad absoluta á Diéguez y á Juanita.

—Como quieras...

—Seamos padres á la moderna.

A este punto llegaba la conversación, cuando se presentó Diéguez.

La cena se preparó en un bosquecillo del jardín. La noche estaba calurosa y serena. Los platos fueron aderezados con animada conversación.

Saboreando el café, dijo la mamá á Juanita:

—¿Por qué no vas á dar una vuelta con Diéguez por el jardín? Iluminado por la luna está hermosísimo. Es un espectáculo maravilloso.

Juanita y Diéguez se levantaron de sus sillas y juntos desaparecieron por entre la enramada.

—Ahora, dejemos que hable la Naturaleza.

—Yo creo que él también hablará.

—Nuestra hija es muy bonita... Si ese hombre no es de madera, ya lo creo.

De repente se oyó un grito agudísimo:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Socorro!

Sobresaltados corrieron los padres hacia el sitio desde el que Juanita pedía auxilio.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—No sé... he sentido una cosa que me... urgaba. Parecía un bicho... He gritado, he pedido socorro... y me he encontrado con la mano de Diéguez.

—¡Vaya, tonta! ¡Qué susto nos ha dado!

—No habrá sido nada. Creíamos que había ocurrido una desgracia.

Y apartándose de los jóvenes, decía la madre á su marido:

—¡Qué imbécil! Si no hubiera gritado, quizás le hubiese dicho Diéguez las palabras definitivas.

Angel Ortega



LOS MINGORANCE

Bailarines excéntricos—padre é hija—muy celebrados en el Teatro Romea.

LA CARNE ARTIFICIAL

CONTINUÁN las ciencias adelantando una barbaridad.

Sabíamos que existen diputados con actas falsificadas, señoras con exuberancias falsificadas, perlas que no lo son, huevos que no tienen de tales más que la forma, leche de la que hay que exclamar. «¡Ay que leche más mala!» ostras artificiales... que ya es el colmo de la sofisticación, porque al amigo que le coloquen uno de esos sabrosos moluscos *lameribranqueos*, como los llaman los naturalistas (y otros que sin ser naturalistas, *lameribranquean* todo lo que pueden), y se encuentra que no tiene el bichito auténtico, es para que se tire de los pelos y diga tres ó cuatro veces seguidas, «¡anda la ostra! ¡me la han dado con grullere!»

También conocíamos la existencia de otra clase de falsificaciones, como las de estrenos, que son refritos; y el que se hace la ilusión de un estreno y luego resulta que le sirven una centésima representación, sin otra novedad que la del decorado, es

cosa de que ponga el grito en el cielo, y chillé más que el Dr. Queraltó que desde hace dos meses no nos deja descansar un solo momento. Y es que debe de ser un ansioso. Si se conformase con algo, ya había conseguido sus deseos, pero el hombre lo *queraltó*, y claro se queda sin nada de lo que pide.

Todas estas imitaciones y artificios, se quedan en mantillas al lado de la última palabra de la sofisticación, que es un descubrimiento de un químico belga: la carne artificial.

Se trata de un producto vegetal, extraído de la malta con que se elabora la cerveza, y que según afirman los que lo conocen, sustituye perfectamente en riqueza nutritiva y asimilable á la carne de verdad, procedente de animales de la raza bovina, llamada así, porque es tan *bovina* la pobre, que se deja matar impunemente para que los humanos nos alimentemos tranquilamente.

Es decir, que en lo sucesivo no hay que

preocuparse, porque no se pueda ingerir una chuleta al natural, con un perro grande de malta, se esmalta uno el estómago para cinco ó seis días, y además se evita la molestia de espurgar el hueso.

En lo venidero iremos á cualquier restaurant ó café de esos que tienen la especialidad del bisté, y en vez de uno de solomillo con patatas le diremos al camarero:

—Tráeme media tostada de abajo barnizada con malta.

Y si en aquel momento no las hay, se espera uno por aque-



—¿Te has fijado con qué orgullo ha pasado el marqués?

—Pues mira, siempre que yo quiero humilla ante mí la cabeza.

llo de que «el que las sigue las *malta*».

Una vez embaulada la media, se quedará tan contento, porque no hay nada que alegre más que una media, rellena de carne, que es á lo que vendrá á saber, según aseguran los enterados, y si el camarero se asombra porque le hemos pedido un poco de pomada de Malta en vez de un bisté, le diremos guiñándole un ojo:

—¿Bisté, amigo, cómo me he quedado como un reloj?

Lo que no nos dicen los patrocinadores del invento es si éste sólo sirve para la carne alimento, ó se hace extensiva su virtud á la que forma parte del organismo.

Si así es, preparémonos á las exuberancias sin trampa ni cartón.

Una unturita de Malta en el sitio que se desee desarrollar, y como mano de santo.

Ahora, que habrá que tener cuidado y no hacer empleo abusivo de las fricciones del maravilloso producto.

Porque ya saben ustedes que lo bastante ayude y lo excesivo asusta.

¡Y asusta pensar lo que ocurriría al que se durmiese en la suerte!

Manuel Bombarda.

CRUZA EL ESTRECHO

—Déjame que entre mis manos
acaricie yo tu cara
y que respire tu aliento
y que goce de tus caricias.
Permíteme que te adore;
ten compasión de mis ansias,
no seas cruel conmigo,
escucha á quien bien te ama.

No es Muley el que esto dice;
que quien dice estas palabras
es Moraima la más bella
de las mujeres de Africa.
Y él, altivo y displicente,
casi en ella no repara
y apenas si le dirige
compasivo una mirada.

¡Qué cosas más especiales
suelen pasar en el Africa!

Si aquí Moraima viniese,

si se llegase hasta España
¡cuántos Muleys hallaría
que atenderian sus palabras!
No seas tonta, chiquilla,
no seas tonta, Moraima,
cruza en seguida el Estrecho,
que verás en tierra hispana
cuántos encuentras dispuestos
á satisfacer tus ansias.

¡Ah! Y conste que los de aquí,
sin tener tanta arrogancia,
valemos tanto, lo menos,
como los Muleys de Africa.

José Moreira.

Alfonso de Juan

D. Alfonso de Juan y Martín, jefe ingeniero mecánico de la casa alemana Fhols y Martín, nada tiene que ver con el protagonista del cuento publicado en nuestro número anterior, *Felicidad con todo*, el cual se llama como él Alfonso de Juan, está casado como él con una dama llamada Felisa, y se halla divorciado.

El señor De Juan y Martín es persona muy conocida en Madrid, hombre muy simpático y muy mundano, que no sólo no ha pasado por trances como los del protagonista de nuestro cuento, sino todo lo contrario... Por lo cual tiene nuestro respeto y nuestra simpatía.

Y ya que de aclaraciones estamos, bueno será decir también que el Demetrio del mismo cuento, nada tiene que ver con nuestro dibujante, nuestro enamorado Demetrio, que si en este capítulo tantos cargos tiene en el *haber*, nada puede imputársele con la mujer de Alfonso de Juan, porque no la conoce.

Lea usted el martes
en EL LIBRO POPULAR

LA INTRUSA

Novela de
MANUEL BUENO

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALS

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA
Paseo de las Delicias, 00.—1 teléfono, 1843

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritisimo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS